



Y Jesús dijo...

EPISODIO 18 – ¿QUIÉNES SON LOS POBRES EN ESPÍRITU?

A partir de hoy y durante varios episodios, te invito a que recorramos juntos el discurso más largo y completo dicho por Jesucristo conocido por todos como el “Sermón del Monte”. Su mensaje principalmente se enfoca en transformar el corazón de las personas, porque cuando el Señor toca nuestro interior, nuestro comportamiento exterior se convierte en un reflejo auténtico de Su obra en nuestras vidas. Acompáñame con tú Biblia al **capítulo 5 del evangelio según San Mateo**. Como podrás darte cuenta según los versículos 1 y 2, este sermón va dirigido hacia sus discípulos, a aquellos que lo siguen y desean imitarlo. Para vivir estas verdades no basta con el esfuerzo humano. Necesitamos haber nacido de nuevo, tener al Espíritu Santo morando en nosotros, porque sólo Él puede capacitarnos para vivir conforme a estas palabras. Y cuando esto ocurre, el resultado es maravilloso: experimentamos verdadera paz, gozo, plenitud y un profundo contentamiento que solo Dios puede dar.

El Señor Jesús abre su boca y comienza Su enseñanza con una serie de bienaventuranzas. Y no es casualidad que empiece así, porque precisamente a eso vino Cristo: a bendecirnos, así lo afirma **Hechos 3:26**.

La palabra bienaventurado significa: dichoso, feliz, afortunado; es una felicidad profunda, que no depende de las circunstancias externas, una alegría que permanece incluso en medio de la dificultad. Y este es el deseo de Dios para cada uno de nosotros: que aprendamos a vivir en un gozo que no dependa de los cambios de la vida. **Filipenses 4: 11-13** dice “No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”

Las palabras que Jesucristo dijo en este sermón aparte de ser profundas también fueron controversiales, bastante revolucionarias porque va en contra de lo que se entiende por felicidad. Para el mundo, es feliz el que tiene plata, poder, fama, popularidad. Se nos dice que mientras más cosas tengamos, más felices seremos. Pero Jesús nos presenta algo radicalmente distinto. Él dice que son bienaventurados los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los pacificadores, y hasta los que son perseguidos por causa de la justicia.

Lo que el mundo jamás ha entendido es que las cosas externas nunca podrán llenar el vacío del corazón humano. Podemos tener riquezas, éxito, poder y aun así sentirnos vacíos, inseguros, solos. Seguramente has escuchado de personas que han tenido mucho dinero, buena posición social, pueden comprarse lo que deseen, pero teniendo todo el dinero del mundo, no logran encontrar la paz ni la felicidad. Lo que sí es común, es que sus corazones se vuelven orgullosos, autosuficientes y terminen apartándose del Señor.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Jesús, en cambio, nos invita a una felicidad que nace desde lo más profundo del alma, que no se basa en lo que tenemos, sino de a quién tenemos en el corazón. Es una felicidad que solo Él puede dar. Por eso Pablo en **Colosenses 3: 1-2** nos pide que pongamos nuestra mirada en las cosas de arriba y no en las de la tierra.

Las bienaventuranzas tal como están escritas en Mateo no están organizadas al azar. Cada una de ellas tiene un propósito, una secuencia divina. La primera nos prepara para vivir la siguiente, y así sucesivamente. Es como una escalera espiritual que nos lleva más y más cerca del corazón de Dios.

La primera bienaventuranza la encontramos en **Mateo 5:3 Jesús dijo “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.”** Es importante entender qué quiso decir el Señor con “pobres”. La palabra que Él usa aquí no se refiere simplemente a alguien con pocos recursos, sino a una persona en una condición de miseria absoluta. Es alguien que no tiene nada, que no puede sostenerse por sí mismo y, por lo tanto, se ve obligado a pedir, a depender totalmente de otros para sobrevivir. Por lo tanto, Jesús se refiere a aquel que ha llegado al punto de reconocer que su alma está en bancarrota delante de Dios. Que no tiene nada con qué presentarse ante Él, ningún mérito propio que pueda ganar el favor de Dios. Que, por más buenas obras que haga, jamás podrá alcanzar la salvación por sí mismo, por ello se humilla, reconoce su condición, y en lugar de justificarse, clama al Señor por Su misericordia y por Su gracia. Como no puede confiar en sus propias fuerzas, depende de la obra de Cristo y del poder de Su Espíritu Santo.

Ser pobre en espíritu es la base de las demás bienaventuranzas, porque una persona orgullosa jamás entrará el reino de Dios. La Humildad antecede a las demás. Si el ego está entronizado en el corazón, Cristo no puede estarlo.

Un claro ejemplo de las consecuencias del orgullo lo encontramos en el mensaje de Jesús a la iglesia de Laodicea que está en **Apocalipsis 3:17** “Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.” Es decir, la autosuficiencia y el orgullo ciegan el alma. Nos hacen creer que no necesitamos nada, ni siquiera a Dios cuando en realidad estamos totalmente vacíos.

Aunque es cierto que la verdadera humildad la produce el Señor en nuestros corazones, también es verdad que nosotros tenemos una responsabilidad, como lo vemos en **Santiago 4:10** en donde nos dice claramente: “Humillaos delante del Señor, y Él os exaltará.” Tal vez alguien podría estar preguntándose: ¿Cómo podemos vivir esta humildad? para lograrlo podemos poner en práctica los siguientes consejos: Empecemos por quitar la mirada de nosotros mismos y pongámosla en Dios. Cuando estudiemos Su Palabra, identifiquemos ejemplos de humildad en los hombres y mujeres de fe que nos dejó la Escritura, para aprender de ellos e imitarlos. Tengamos cuidado de no hacer las cosas buscando elogios, reconocimiento o popularidad porque esto alimentará nuestro orgullo. Y por último, pidámosle al Señor que nos ayude a mantener un corazón humilde, dispuesto a servir, a obedecer y a depender completamente de Él.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**



Y Jesús dijo...

Como resultado el Señor nos hace una promesa gloriosa: “Porque de ellos es el Reino de los cielos.” Fíjate que no dice “será”, sino “es”. Eso significa que quienes vienen a Él con un corazón quebrantado, reconociendo su necesidad y confiando plenamente en Él, ya pueden comenzar a disfrutar de las bendiciones del Reino aquí y ahora.

Los pobres en espíritu son herederos de Dios y coherederos con Cristo. Y entre las bendiciones que reciben están algunas de las mayores riquezas espirituales: vida eterna, gracia, misericordia, perdón, gozo, esperanza, seguridad, consuelo, paz, amor y justicia.

Llévate en tú corazón lo que dice **Isaías 57:15** “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados.” Qué consuelo tan grande saber que el Dios Eterno, el Santo, no sólo habita en lo alto, sino que también se acerca y permanece con aquellos que tienen un corazón humilde y quebrantado. Por eso, alabemos y agradezcamos a Jesucristo por todo lo que ha hecho por nosotros, porque si no hubiera sido por Él, no tendríamos esperanza alguna, solo condenación. Solo Su amor nos alcanzó, solo Su gracia nos sostiene, solo Su sacrificio nos dio vida.

Señor hoy te entronamos en nuestras vidas, guía nuestros pasos, dependemos totalmente de Ti, necesitamos de Ti, descansamos en Tus promesas, en Tú cuidado y en tus bendiciones.

Hemos llegado al final de este episodio. En el próximo continuaremos escudriñando las siguientes bienaventuranzas. Espero haya sido de edificación para ti. Apóyanos compartiendo este mensaje con tus amigos y conocidos. No olvides que en nuestra página web: “www.yjesusdijo.com” encontrarás todos nuestros episodios. Te invitamos a suscribirte a nuestro canal de YouTube. Recuerda: ¡Si Dios está contigo... es suficiente! Hasta una próxima oportunidad.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.” **Juan 6: 68-69**